

EL BALCÓN

Una de las ventajas que me aportó el divorcio fue la libertad a la hora de irme de vacaciones. Como ya no tenía que contar con nadie, adquirí la costumbre de disfrutarlas en lugares distintos, alternando un verano en la playa y el siguiente en el campo o en alguna zona rural.

Ese verano fui a la playa, elegí las Islas Canarias pues aquel fue el destino de mi primer viaje de estudios y me apetecía volver después de tantos años.

Quería rememorar aquellos momentos de juventud, lo bien que me lo pasé, que nos lo pasamos todos los compañeros, viviendo experiencias nuevas ya que era nuestro primer viaje largo.

Al separarme tuve que aprender a vivir solo y eso significó tener que hacerlo yo todo, incluso contestarme a una de las preguntas más frecuentes en la vida de un hombre: ¿qué me pongo?

Además como el bolsillo se me quedó en precario, no podía contar con manos expertas que me ayudaran en tareas domésticas tales como plancha, limpieza, etc.

Ahora, cinco años después, ya soy un solitario experto y no tengo ningún interés en cambiar mi estado. Mis relaciones sentimentales son pasajeras, sin compromisos y poco duraderas pues prefiero no profundizar en ellas y así evitar sufrimientos innecesarios.

En agosto alquilé un apartamento, era la séptima planta de un edificio de diez y con una terraza casi más grande que el propio piso. Me gustó desde el primer momento en que la vi porque de inmediato pensé convertirla en mi despacho.

La vivienda era casi como una habitación de hotel y más o menos la misma distribución: al entrar, a la derecha el aseo y a la izquierda un armario; más adelante el acceso al comedor con la cocina y fregadero a mano izquierda y a la derecha el dormitorio.

Una barra de bar dividía la cocina del comedor-sala de estar, amueblada ésta con sofá cama, un sillón y una mesita de servicio; enfrente un mueble con cajones, dos armarios de puerta transparente y un televisor. A la derecha del mueble, según se accede desde del aseo, estaba el dormitorio con una cama de matrimonio, mesilla, un sillón, armario y la terraza que comunicaba con la del comedor. Muy simple y muy fácil.

Como durante las mañanas el sol hacía insoportable permanecer en la terraza más de un minuto, aprovechaba para llevar a cabo las siempre ingratas y poco agradecidas tareas domésticas, ir a la compra para reponer el frigorífico ya que las comidas las hacía en cualquier chiringuito o restaurante del paseo marítimo y luego bajaba a la piscina.

Casi me gusta más la piscina que la playa. La gente, la arena, las olas... eso que deseaba cuando era pequeño, ahora me da fatiga, me apabulla y llega a agobiarme por momentos. Prefiero la playa a primera hora de la mañana, cuando el sol aún no quema, cuando las olas son las que yo hago al nadar y la gente que hay es la que hace deporte o pasea por la orilla. ¿será que me estoy haciendo mayor...?

No me gusta repetir restaurante para la comida o cena, prefiero conocer sitios nuevos, ver otras caras, gente distinta. Me gusta fijarme en los comensales de otras mesas, en lo que comen, escuchar lo que hablan, cómo lo dicen,

observar sus gestos, sus movimientos, imaginarme lo que están pensando. Todo eso me entretiene mientras como.

La calidad de la comida, no es algo que me preocupe en exceso, me he acostumbrado a comerme lo que cocino y, al principio de mi “soledad” , era realmente duro comer ciertos platos y, en esos locales, la calidad suele ocupar un papel secundario.

Acabada la comida me vuelvo a casa, pongo la tele, lo que quede de las noticias o veo alguna película del disco duro. Suelo ver las películas en dos o tres veces pues enseguida me quedo durmiendo.

Por la tarde, a veces, bajo otra vez a la piscina o veo el resto de película mientras cenó y por último entro en mi despacho, la terraza, a trabajar, a escribir, a imaginar y a soñar...

Escribir me encanta, es mi trabajo y me gana la vida así. El que no sea mi propio jefe no me quita libertad, siento que tengo casi la misma libertad que si lo fuera.

Con mi trabajo puedes viajar físicamente en busca del reportaje que te encargan, de la noticia, como se dice vulgarmente, permite conocer gente, culturas, monumentos, ciudades, idiomas... todo eso que está tan manido cuando se habla del tema pero es que es verdad o por lo menos a mí me sucede.

Acabada la cena es cuando me dispongo a escribir; suelo hacer a mano el primer borrador, en folios que voy numerando conforme los agoto. Me gusta el tacto del papel y el sonido de la pluma resbalando por la hoja conforme voy escribiendo. Mancho, emborrono, tacho, arrugo, marco, subrayo los folios hasta darle una forma más o menos terminada. Cuando acabo y le doy el visto bueno, lo aparco y dejo que transcurran un par de días. Luego lo paso al ordenador

donde conforme voy escribiéndolo cambio algunas cosas, retoco hasta que ya lo termino y lo doy por bueno y definitivo del todo. Firmo, fecho y guardo.

De esta manera, una noche escribo, otras corrijo, otras paso al PC y algunas hago un poco de todo.

Cierta noche observé que en el edificio de enfrente, a mi misma altura, había una chica asomada a su balcón. Miraba distraída hacia la calle, a los coches, a la gente del paseo, no sé.

Alta, delgada y aparentemente guapa. Su pelo era largo, liso y oscuro; una blusa estampada con motivos geométricos y un pantalón vaquero terminaban de vestirla cómoda y sencilla, lista para salir con quien quiera que fuese la persona a la que parecía estar esperando.

Me equivoqué.

Levantó la mirada, me miró durante unos segundos, ¿qué hará ese tío ahí, escribiendo? – pensaría. Se dio la vuelta y se metió a su casa.

Al encender la luz de la habitación reparé en que era un dormitorio porque se veía la puerta de un armario abierto con una bata o albornoz colgando y una cómoda con espejo donde ella estaba quitándose los pendientes y el collar.

Se levantó, se acercó al balcón y cerró la persiana sin dejar de mirarme. Sabía perfectamente que yo la había estado observando todo el tiempo.

Me avergoncé por haber sido pillado “in fraganti” mirándola, espiándola.

Yo siempre he denostado a los mirones, a esos personajes que armados con prismáticos se dedican a mirar, a espiar a escondidas, con el fin de ver a sus víctimas desnudas, en la cama con sus parejas o simplemente haciendo su vida normal ajenos a que hay alguien que está violando ese reducto privado que es la intimidad del hogar.

A esa gente siempre la he considerado como enfermos, desviados, que se decía antes, personas que hacen eso con el fin de satisfacerse sexualmente la mayoría de las veces.

Gente que además suele llevar aparejada otro tipo de problemas como impotencia, desarreglos afectivos, soledad, timidez, complejos varios, etc.

Jamás se me hubiera ocurrido espiar a nadie pero esa noche, no es que espicara, ni mucho menos, pero sí me fijé en lo que se veía y en lo que hacía hasta que se dio cuenta y cerró mirándome, como diciendo que se había acabado el espectáculo, mirón.

Bajé la vista, intenté continuar con lo que estaba haciendo pero ya fue imposible. No paraba de levantar la mirada buscando su balcón, buscándola a ella.

Como la concentración desapareció de golpe, recogí, apagué y me fui a dormir.

A partir de esa noche, desde el momento en que cerró su persiana me hizo su prisionero.

Cada vez que pasaba por mi balcón miraba al suyo por si la veía, pero no, lo hacía en vano, incluso me descubrí en varias ocasiones medio escondido tras la cortina para mirar.

¡Qué tontería estaba haciendo! Esconderme para mirar sin ser visto ¡en mi propia casa...!

Me encontraba intranquilo a lo largo del día, deseando que llegara la noche para sentarme en mi terraza y ver si aparecía pero con miedo por si al aparecer pensaba que la seguía espiando.

Volvió esa noche y la siguiente y la secuencia fue parecida a la primera vez.

Hacia la medianoche o poco más, quizás alguna vez se hicieran las dos, hacía la misma rutina: salía al balcón, se fumaba un cigarrillo, volvía a la habitación, cogía ropa o algo del armario, se sentaba ante el espejo, se quitaba los pendientes y desaparecía de mi vista. Al volver llevaba una camiseta y un pantalón corto de pijama.

La única vez que notaba que me miraba era cuando bajaba la persiana.

A la quinta noche ya la esperaba impaciente por verla salir a fumar pero se retrasaba.

Entretanto seguía pasando al ordenador los borradores atrasados, no me podía concentrar en nada pues, impaciente, miraba al reloj y a su balcón segundo a segundo.

Acabé jugando al solitario mientras esperaba a que se asomase.

De pronto se encendió su luz y salió. Serían ya cerca de las tres y media y casi no se escuchaban voces del vecindario, se podría decir que estábamos solos en el mundo.

Ella, fiel a su costumbre, encendió un cigarrillo y me miró, fijó su vista en mí mientras fumaba y yo, al principio, un poco azorado, desviaba la vista pero ante su insistencia, también la miré y le sostuve la mirada.

Terminó su cigarrillo, me sonrió y entró a su habitación.

Mi imaginación se desbocó: me ha sonreído, pensé, me ha desafiado con su mirada, sabe que estoy solo, que ella también y posiblemente se sienta atraída por mí o pretenda que nos conozcamos, tal vez quiera ligar, etc. A partir de ahí

vino todo un sinfín de diálogos, situaciones y escenas imaginarias dignas de mi oficio.

Apareció de nuevo en escena, su pelo ahora le caía sobre los hombros. Se detuvo en el centro de la habitación, bien visible, me sonrió y sin dejar de mirarme comenzó a desabrocharse la blusa.

Despacio, sin prisa, botón a botón se la quitó.

Se bajó la cremallera de la falda y con suavidad cayó a sus pies, lo siguiente fue el sujetador que dejó con la camisa, en la cómoda.

Por último se bajó el minúsculo tanga que llevaba quedándose totalmente desnuda ante mí, sin ningún pudor, sin ningún gesto salvo una leve sonrisa cómplice.

Permaneció mostrándose más de un minuto, dejando que la contemplara en toda su desnudez.

Dio un paso al frente, y extendiendo la mano comenzó a bajar la persiana como si del telón de un teatro se tratase, poco a poco y la cerró del todo.

Me quedé inmóvil, con cara de tonto, sin creermelo todavía lo que había visto pero recordando su cuerpo desnudo, sus pechos, el sendero de su pubis descendiendo hacia el infinito entre sus piernas.

Si antes había imaginado que quería ligar, con esa actuación me lo estaba asegurando y rubricando pero debía ser paciente, parecía el principio de un cortejo en el que ella llevaba la iniciativa, debía esperar el siguiente paso.

Me acosté pensando en lo ocurrido y en lo que podría suceder mañana.

A media tarde, sin poderme contener más, salí a mi terraza por si aparecía de nuevo en su balcón.

La persiana estaba abierta y se veía cierto movimiento en el interior. Un niño se asomó, me vio, me sacó la lengua y volvió a entrar. Luego apareció una señora mayor, de pelo blanco y después, supuse, la madre del niño, éstos últimos se sonreían al tiempo que me miraban.

Horrorizado bajé la vista y miré disimulando hacia la izquierda hasta que vi, en la acera, una línea de cipreses y banderas y un cartel grande con una H sobre varias estrellas.

No me lo quería creer pero era evidente y cuanto más me fijaba más me convencía.

Se trataba de un hotel y el balcón de enfrente era el de una de las habitaciones y la chica que se desnudó para mi lo hizo a modo de despedida, sabiendo que al día siguiente no iba a estar allí y no habría posibilidad de hacer nada conmigo.

En su lugar quedó esa familia con niño repelente que me quitó las ganas de mirar nunca más a un balcón que fue una delicia ver aquella noche.